

VICENTE GARRIDO
NIEVES ABARCA

CRÍMENES EXQUISITOS



**Vicente Garrido
y Nieves Abarca**
Crímenes exquisitos



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Todos los personajes que aparecen en la novela son ficticios, así como las tramas. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

© Vicente Garrido Genovés y Nieves Abarca Corral, 2012
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Fotografía de la cubierta: © Rekha Garton / Trevillion Images
Primera edición en Colección Booket: julio de 2022

Depósito legal: B. 9.979-2022
ISBN: 978-84-08-26061-5
Composición: Moelmo, SCP
Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

Lidia

La Coruña, 4 de junio de 2010

Lidia Naveira se ató muy fuerte sus zapatillas con un nudo de doble lazo. Odiaba que se le desataran las zapatillas en el medio del camino, rompiendo el ritmo de carrera y obligándola a detenerse, sobre todo porque podía caer al suelo al pisar el cordón. Cogió el iPhone para elegir el listado de música que escucharía durante el entrenamiento: Lady Gaga, Beyoncé, Shakira, Katy Perry... canciones que la animaban y la ponían de buen humor. Y lo más importante: la ayudaban a despertarse y a espabilar con ritmo. Metió el iPhone en el brazalete y lo ajustó a la altura del bíceps. Estaba lista. Solo faltaba ver qué tiempo hacía.

Abrió la ventana: ya estaba amaneciendo. Eran las siete menos cuarto de la mañana. Las nubes empezaban a pintarse de un hermoso color de fuego. Al fin había dejado de llover, tras unos meses de tiempo insoportable. Así que esa mañana no tocaba chubasquero. Con la camiseta ajustada gris resultaría suficiente. No tendría clase hasta las nueve y media. Se le echaban encima las fechas de Selectividad y los profesores del Colegio Salesiano habían dejado tiempo a los que habían aprobado todo para estudiar y prepararse bien. Así que antes de ir al colegio le daba tiempo de sobra para correr hasta El Portiño por el paseo marítimo y volver, ducharse, desayunar e ir a clase. Su mente voló emocionada. Cada vez que se acordaba de sus notas, una gran sonrisa invadía su hermosa cara pecosa. Notables y sobresalientes. En cuanto se sacase el carnet de conducir, en octubre, su padre le había prometido que iba a com-

prarle un coche. Un coche totalmente nuevo. Por su cumpleaños. Lidia quería un Fiat 500. Eran preciosos...

El olor a café recién hecho pronto se expandió por toda la casa. Su madre ya estaba en pie, preparando el desayuno. Lidia fue a la cocina a darle un beso.

—¿No tomas algo antes de ir a correr. Lidia? ¿Un poco de café aunque sea?

—No, mamá. No tomo nada antes de hacer deporte, lo sabes perfectamente. A la vuelta. —Lidia volvió a besarla con cariño—. No llevo llaves, así que no te vayas muy lejos.

—No te preocupes. Hoy tu padre tiene que levantarse temprano también. Creo que tiene una reunión importante en la asociación de hosteleros.

—Me voy, mamá. O luego no llegaré a clase a tiempo.

—Hasta luego, hija. Ten mucho cuidado, anda.

Lidia cogió el ascensor y bajó hasta el portal. Abrió la puerta y aspiró la brisa embriagadora con gran placer. El mar estaba totalmente en calma. No había casi coches aún por el paseo y solo se escuchaba algún graznido lejano de las gaviotas, y el romper de las olas, rítmicas y mansas, contra la arena de la playa.

Se apoyó en la barandilla del paseo para hacer los estiramientos. En sus oídos retumbaba *Bad romance*, la primera canción de la lista, la que hacía que su cuerpo y su mente se pusieran en marcha con el ritmo frenético. Estaba tan concentrada en la música que no se fijó en una furgoneta blanca con rótulos azules, bastante vieja, que estaba parada en doble fila justo delante del portal de su casa.

Cuando Lidia empezó a correr, primero despacio, pronto más y más deprisa, la furgoneta se puso en marcha lentamente. En pocos segundos avanzó por el asfalto, sin aparentar demasiada prisa. La furgoneta paró en el semáforo. Lidia la rebasó. Seguía corriendo, ajena a todo. Aún le quedaban tres cuartos de hora de entrenamiento. Tenía que estar en plena forma para las finales de baloncesto que estaban a la vuelta de la esquina, en apenas una semana. En unos segundos, el semáforo se puso en verde. La furgoneta empezó a acelerar y desapareció en la lejanía. Lidia esquivó con agilidad un baldosín roto que sobresalía sin ningún pudor y amenazaba sus tobillos delicados. Miró su cronómetro Nike: a ver si era capaz de no pasar de los seis minutos por kilómetro. Iba a hacer un día maravilloso de sol, seguro. No había ni una nube en el horizonte.

Un rato más tarde, Lidia había bajado el ritmo ostensiblemente. La cuesta la había dejado exhausta, aquel era un recorrido rompe-

piernas por completo. Por lo menos entonces bajaba hacia El Portiño, y el tramo que le quedaba era cuesta abajo y llano. La vuelta la haría andando, pensó, agotada. Tampoco era cuestión de matarse a primera hora de la mañana. Su estómago empezó a protestar: tenía hambre. Por la tarde podría ir al gimnasio y hacer un poco de bicicleta, se dijo, para sentirse algo menos culpable.

Miró a lo lejos con extrañeza. ¿Qué hacía una furgoneta cruzada en el medio del paso peatonal tan temprano? Parecía del Ayuntamiento. Al lado, un obrero vestido con un mono azul colocaba dos grandes sacos en el suelo, que parecían muy pesados. Lidia se acercó al trote y calculó rápidamente si tendría sitio para pasar entre los sacos y la furgoneta, para no tener que bajarse a la carretera. Sí, había un hueco bastante grande.

La joven se aproximó hasta la altura de la furgoneta y avanzó más despacio, para no tropezar con los sacos de color gris, que parecían estar llenos de cemento. Cuando consiguió sortearlos y ya iba a dejar atrás el vehículo, notó tras ella una sombra, una presencia. Solo durante un instante fugaz. En unas décimas de segundo, un golpe brutal en la cabeza la hundió en la más profunda inconsciencia.

Él miró a su alrededor para cerciorarse de que no había nadie. El lugar estaba totalmente desierto. Ni un alma a aquellas horas. El cuerpo pesaba más de lo que había previsto, pero no tardó en estar dentro de la caja del furgón.

Metió también los sacos y se aseguró de que no quedaba nada tras él. Luego subió al vehículo y emprendió la marcha.

La furgoneta se alejó rápidamente del lugar. Tenía que alcanzar en poco tiempo su refugio. Antes de que la chica despertara. Así sería todo mucho más fácil. Cuando recuperase la consciencia, ya debería estar atada e inmovilizada. No quería correr ningún riesgo innecesario.

Cuando llegó a la cabaña detuvo el vehículo en la parte de atrás, oculto a la vista de cualquier curioso. Abrió la caja de la furgoneta. Allí estaba, totalmente inmóvil, con su cabello rojo ensangrentado por el golpe. Inerte ante él estaba todavía más hermosa. Acarició el pelo color zanahoria, peinándolo con sus dedos casi con cariño. Luego observó cómo el pecho subía y bajaba rítmicamente. No pudo evitar, casi con timidez de amante, acariciar el contorno de los senos. Luego le subió con lentitud la camiseta, pegada al cuerpo por el sudor. Sin duda su elección había sido la correcta.

Cogió el rollo de cinta americana plateada que tenía guardado en una bolsa de cuero. Le dio la vuelta al cuerpo de Lidia y llevó sus

manos hacia atrás, pasando varias veces la cinta alrededor de las muñecas. Luego hizo lo mismo con los tobillos. Se aseguró de que estaba inmovilizada por completo. Y por fin, de la misma bolsa de cuero, sacó una mordaza de bola de color rojo, que ajustó en la boca de la joven, apretando hasta el último agujero de la correa. No quería arriesgarse a que gritase y alguien pudiera oírla.

Cuando terminó su labor, se deslizó entre los asientos delanteros para buscar la cámara que había dejado olvidada en la mochila, en el asiento del conductor.

Capítulo 2

El accidente

Benidorm, abril de 2008

La inspectora Valentina Negro miró a su compañero de patrulla mientras bajaba la potencia del aire acondicionado. Aún no hacía tanto calor como para ponerlo tan alto... Pero Alberto Muñiz era un hombre que se asaría en medio de una expedición al Ártico. El termómetro del coche indicaba que fuera estarían a unos veinticinco grados centígrados. Tampoco era un calor sofocante. ¿Qué iba a hacer con él en pleno agosto, entonces?

—Alberto, me estoy congelando. No te importa, ¿verdad? El aire acondicionado me fastidia la garganta —protestó Valentina.

—Inspectora, quítelo si quiere. Abriré la ventana entonces. Hace un calor terrible. Le recuerdo que soy de Gijón, y allí hace fresquito a estas alturas.

—Y yo de La Coruña, donde más o menos hay el mismo clima, hombre. No te pases. Y date prisa, o no llegamos a la rueda de prensa. Y ya sabes cómo me gustan... —dijo con evidente ironía.

—Odiar las ruedas de prensa es un problema muy grande si uno está destinado en el gabinete de prensa, ¿no le parece? —replicó con cierta sorna Muñiz.

Valentina bajó la ventanilla del Citroën Xsara Picasso mientras asentía con la cabeza. Era verdad. Aborrecer las ruedas de prensa y ser jefa del gabinete de comunicaciones resultaba un tanto paradójico. Pero por otro lado no tenía queja: el puesto era un chollo, especialmente tras haber pasado unos años bastante crudos forjándose primero en Zaragoza y después en Vigo. Después del caso del Char-

latán la habían premiado con la Cruz al Mérito Policial y, sin mucho disimulo, sus jefes completaron ese reconocimiento con el destino en Benidorm, confiados en que en esa plaza soleada se repondría de su encuentro con el violador múltiple. Benidorm era una ciudad relativamente tranquila, salvo los meses de verano, en los que había mucho más movimiento de turistas y también de delincuentes, por supuesto. En verano era cuando empezaba realmente la diversión.

La Coruña, abril de 2008

Llevaba más de veinticuatro horas sin dormir.

Hija de la gran puta. Se había ido de casa. Se había marchado. Con la niña. Con el dinero. Con otro hombre. Aquel cabrón de la Mitsubishi, seguro. El cabrón nacionalista que les vendió el todo terreno. ¿Para qué cojones querían un cuatro por cuatro si nunca iban a la montaña? ¿Para llevar a la niña al colegio? Ya tenía claro el porqué. De un día para otro, la hija de puta había cogido sus cosas y ni una nota le había dejado. Jacobo le dio otro trago a pelo a la botella de vodka. Se hizo una raya muy gruesa y larga y la esni-fó en un instante, levantando la cabeza para no desperdiciar nada. Luego, otro trago de vodka Absolut. Se iba a enterar de lo que valía un peine. Por lo menos no se había llevado el coche, la traidora. Quería ver a su hija. Él quería a su hija, aunque ella dijera siempre que no se ocupaba de ella. Ella se lo había dicho también a los servicios sociales. Siempre estaba intentando joderlo. Y ahora lo había conseguido del todo.

Tambaleándose, cogió las llaves del todoterreno del recibidor y la gabardina. Quería ver a su hija, joder. Metió la bolsita de cocaína en el bolsillo y la botella de vodka en una bolsa de plástico de supermercado.

Cuando encendió el coche, lo único que tenía claro era que iba a matar a aquellos dos cabrones que le habían arruinado la vida.

Enrique Negro conducía el Volvo azul marino con mucha prudencia. Era un hombre muy cauto en la conducción, no como su hija. Admiraba a Valentina porque era una chica calmada y sabía mantener el autocontrol en situaciones de gran tensión, pero al volante siempre había sido un desastre. Y mucho más desde que hacía aquellos cursos de conducción policial.

Miró a su mujer, que iba totalmente dormida. Le encantaba mirarla dormir: su semblante se relajaba, su cabeza rodaba hacia su hombro con el vaivén del coche. Era igual de hermosa que treinta años atrás, cuando se casó con ella. Por el retrovisor miró a Freddy, que jugaba absorto con la Nintendo, como si no existiera nada más importante en todo el universo que las aventuras del juego de turno de la consola. Había dejado de llover, aunque el firme aún estaba algo resbaladizo. Tenía que tener cuidado.

Volvían de una pequeña excursión de fin de semana en Madrid. Habían ido al Prado y Freddy se había aburrido como una ostra. Luego lo llevaron al Parque de Atracciones. Aquel parque no era gran cosa, era cierto. El chico lo que quería era ir a Disneyland París. Otro año podría ser. Por el momento el presupuesto no daba para un viaje tan largo. Enrique confiaba en que en un par de años todas aquellas tonterías infantiles hubieran desaparecido: Freddy tenía ya quince años. Estaba haciéndose mayor pero aún se resistía a dar el paso final hacia la adolescencia. Era solo cuestión de meses, seguro...

Eran las once de la mañana y ya estaban llegando a La Coruña. Les quedaba poco menos de media hora de viaje a buen ritmo. El navegador indicó con su pitido la presencia de un radar. Aminoró la velocidad todavía más. No le apetecía que le quitaran puntos. Enrique podía presumir de ser un conductor modélico. Ni una multa en sus treinta años de carné de conducir.

Jacobo se metió otro trago de vodka para bajar la taquicardia que le estaba produciendo el exceso de droga. Condujo sin rumbo. Primero fue al concesionario de Mitsubishi, pero a través del escaparate no vio al tipo que más odiaba en el universo. Seguro que estaba librando, follándose a su mujer. Luego cogió la autopista de Santiago. Volaba a ciento sesenta kilómetros por hora. El todoterreno iba como la seda, era la hostia. Aquel cabrón vivía fuera de La Coruña. Iba a ir a su puta casa y la iba a quemar. La casa y a ellos. A la niña no, eso sí que no. La niña era sagrada. Jacobo golpeó el volante del coche con rabia. ¡Traidora! Por eso había adelgazado tanto en los últimos meses y se había fundido la VISA en ropa cara y en el gimnasio, la muy guarra. Agitó la botella de Absolut: estaba ya en su mínima expresión. Pensó en parar en el bar de la autopista para comprar otra.

Cuando se dio cuenta, la salida hacia el área de descanso se acercaba peligrosamente. Iba a demasiada velocidad, pero aun así frenó

de manera brusca para intentar coger la curva del desvío. «Tranquilo —se dijo—, no pasa nada. Controlo. Estoy bien, perfectamente bien.»

Media hora más tarde, se había tomado una copa en el bar de la autopista y un café solo bien cargado. Con la nueva botella en la mano, sin estrenar, se subió al coche. Lo arrancó. Cuando se incorporó de nuevo a la AP-9, no se dio cuenta de que había tomado el desvío erróneo.

Jacobo González se dirigía en sentido contrario hacia un destino imprevisto, a toda velocidad, completamente borracho.

Minutos después, Enrique no tuvo demasiado tiempo para pensar. Cuando la mole del Mitsubishi Montero negro se abalanzó sobre él de frente, lo único que pudo hacer fue gritar de miedo y asombro. Intentó un volantazo en el último momento, pero no le sirvió de nada. El impacto fue terrible. Un ruido pavoroso de hierros retorciéndose y cristales rotos sacudió el espacio, espantando a un par de cuervos que dormitaban en los árboles. Después, el silencio más absoluto, solo roto por los gemidos de dolor de los ocupantes del Volvo.

Un camionero fue el primer testigo del accidente y llamó a la Guardia Civil de inmediato. Paró el camión cisterna cargado con leche en el arcén y se acercó con cautela al amasijo en el que se habían convertido los dos vehículos. El todoterreno estaba irreconocible. Cuando vio la cara ensangrentada, los ojos abiertos de par en par de su ocupante, que lo miraban sin vida desde el fondo de aquel infierno, no quiso ver más. Corrió hacia la cabina del camión para buscar un extintor por si acaso; el suelo estaba llenándose de combustible por momentos. Los del otro vehículo aún se encontraban, milagrosamente, con vida.

Las sirenas de la ambulancia y los bomberos pronto cortaron el aire con gran estruendo. No tardaron demasiado en excarcelar a los ocupantes del Volvo. Un helicóptero medicalizado transportó a una mujer que parecía estar demasiado grave como para poder sobrevivir. Los otros dos accidentados parecían estar algo mejor, especialmente el niño, que solo presentaba una pierna rota. El padre permanecía consciente. Sin embargo, con un gemido daba a entender que no podía mover las piernas. El camionero se alejó, con expresión de profunda tristeza. Tenía grabada en su mente la cara llena de sangre del conductor del todoterreno, que lo miraba con expresión vacía, la boca abierta; el airbag desinflado e inservible colgando del volante.

Cuando, horas después, Valentina Negro recibió la llamada de la Guardia Civil, permaneció durante un minuto sentada en la silla de su luminoso despacho, en silencio. Luego se levantó y fue directamente a hablar con el comisario, procurando mantener un semblante impávido en todo momento. Más adelante, recordaría aquellos momentos como si durante ese tiempo hubiese estado viviendo en otro planeta, o bajo el mar; sus oídos sepultados bajo un zumbido que la mantenía consciente pero no demasiado lúcida. Su vida se desarrolló a cámara lenta mientras hacía la maleta y cogía el coche, intentando por todos los medios evitar las lágrimas al conducir por la Autovía del Mediterráneo.